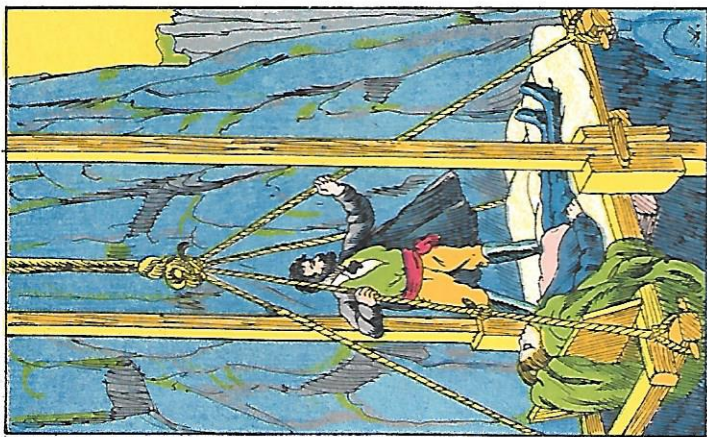
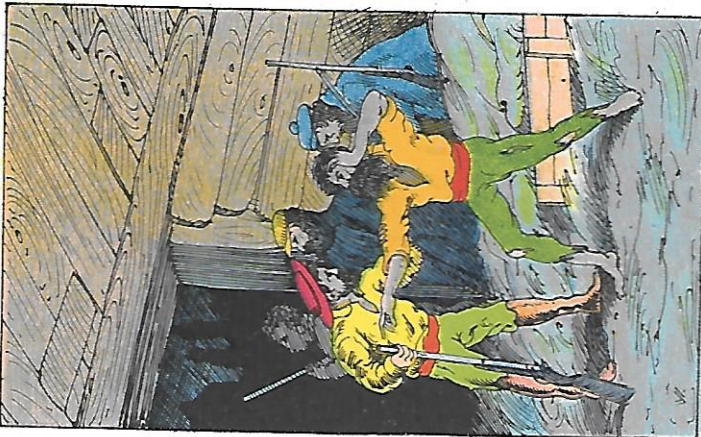




A fuerza de atenciones Harbert mejoró sensiblemente, atreviéndose los colonos a trasladarlo a la casa de Granito, donde gozaría el herido de más comodidad y no permanecerían expuestos a un asalto de los piratas. Subieron en el ascensor hidráulico y pronto fué tendido sobre su cama. Agravóse en su enfermedad, declarándose una pernicioso fiebre que amenazaba su vida de continuo, y para combatirla no disponían ni de un gramo de quinina. Todos reconocían que no podría resistir otro ataque como el que acababa de sufrir. No podían sustraerle a la muerte. De repente Pencroff dió un grito y mostró un objeto que había sobre la mesa... Era una pequeña caja oblonga en cuya tapa estaban escritas esas palabras: «Sullato de quinina»



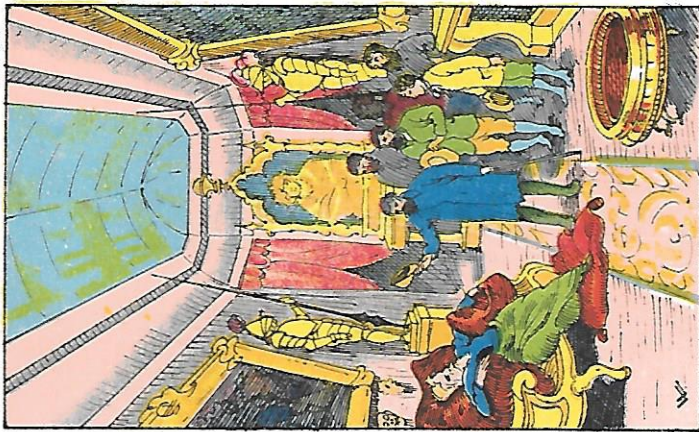
Gracias al específico facilitado por el doctor desconocido, pronto Harbert quedó fuera de peligro y entró en el período de la convalecencia. Durante este tiempo los piratas no se habían movido una sola vez. De Ayrton no había noticias, y si el ingeniero conservaba alguna esperanza de encontrarle, sus compañeros no dudaban de que había sucumbido. Organizaron una batida a los alrededores de la Dehesa, sin hallar señal alguna de Ayrton. Acompañaron en sus alrededores, estableciendo escrupulosa vigilancia para no ser sorprendidos por los bandidos, y aguardaron la noche para introducirse en la Dehesa, por si estuviera ocupada por los malhechores. Al oscurecer avanzaron por el espesor del follaje con las mayores precauciones, sujetando Nab al perro para que un ladrido de éste no diera la señal de alarma a los piratas.



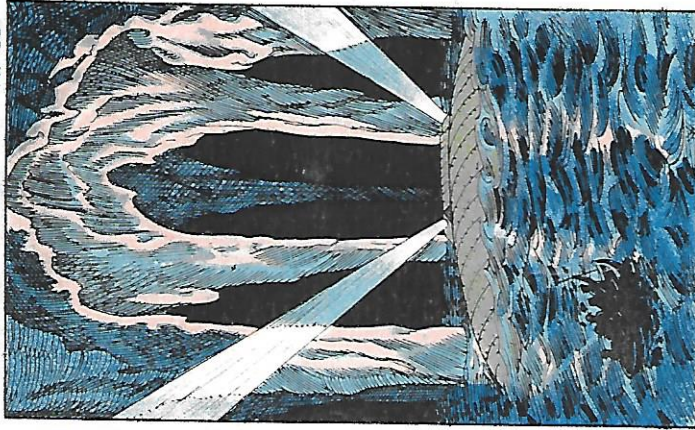
Adelantáronse hacia la puerta y al través de los vidrios de la ventana vieron temblar un débil resplandor. Los colonos entraron en el recinto con el fusil a la cara y vieron que en la cama descansaba el cuerpo de un hombre. Era Ayrton, que parecía dormido. Su rostro indicaba que había padecido larga y cruelmente. Cyro se inclinó sobre él y tomando los brazos del que acababan de encontrar en circunstancias tan inesperadas, gritó: «Ayrton! A este grito abrió el infeliz los ojos y, al reconocerlos, exclamó: ¡Vai a veniti! ¡Deténganse ustedes! Topábase a la deriva furiosamente y echó a correr, seguido de los colonos, y cual no sería su estuor al ver a los seis piratas tendidos en la orilla del bosque, muertos por un arma fulminante cuyo secreto no podían adivinar!



¿Y quién les había herido como un rayo? No podían abrigar duda que era el desconocido, el justiciero de la isla, el que trasludó a la Dehesa a Ayrton, el hombre cuya influencia se manifestaba en cada momento de peligro y que se ocultaba a sus investigaciones. Juramentáronse los colonos a no descansar hasta dar con su protector, registrando a tal fin todo el laberinto de contrafuertes del monte Franklin, no dejando ni una excavación ni un agujero para explorar. Al llegar al fondo de una de aquellas sombrías cavidades, oyeron unos ruidos lejanos que indicaban una reanimación de los fuegos subterráneos que denotaban no se había extinguido totalmente el volcán. Al cabo de cuatro días de fatigosas investigaciones, volvieron a la casa de Granito sin haber podido dar con la morada de su protector.



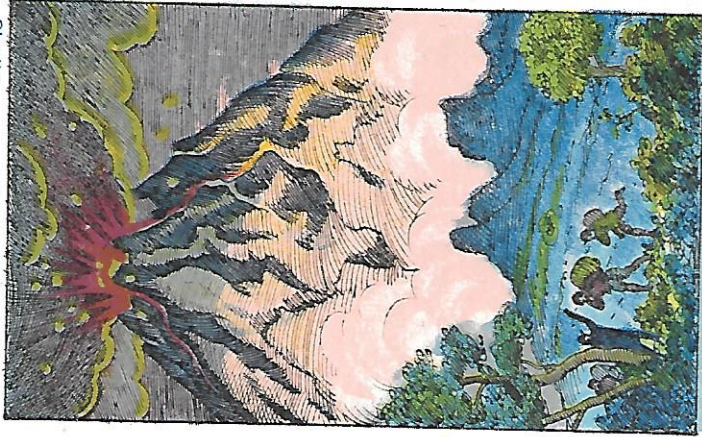
Pasó largo tiempo. Una noche en que estaban reunidos todos en el salón, de pronto sonó el timbre eléctrico del telégrafo, y la aguja, moviéndose sobre el disco alfabético, decía: «Venid corriendo a la Delicias».—«¡Al fin!»—exclamaron todos.—«Nuestro protector, el ser misterioso, nos llama! ¡Jadamen- do llegaron allí. No había nadie. ¿Serían víctimas de una ilusión? Sobre la mesa vieron un papel escrito: «Seguid el alambre nuevo». Siguiéronlo, en efecto, y le condujo, a través de rocas y precipicios, a una caverna llena de agua, al lado de la playa. Embarcaron en una canoa allí dispuesta y entraron luego en el interior de un submarino, que parecía un palacio encantado. Allí, tendido en un rico diván, había un hombre.—Capitán Nemo, dijo Smith, nos ha mandado usted venir y aquí estamos.



Allí estaba, efectivamente, aquel a quien llamaban el genio de la isla, el ser poderoso, el benéfico a quien debían tanta gratitud. Allí estaba, sí, pero pocos momentos de vida le quedaban. ¿Cómo sabía Cyro su nombre? Lo adivinó al momento al ver el submarino, por haberlo dirigido un sabio francés que formaba parte de la tripulación y logró evadirse. Recomendóles el capitán Nemo sus poderosas voluntades, haciéndoles herederos de fabulosas riquezas e impulsándoles la obligación de, una vez hubiese dejado de existir, precipitar el submarino al fondo del mar. Mientras tales sucesos sucedían, los progresos del volcán eran rápidos. Los fuegos submarinos, incubados durante diez semanas, se desarrollaban ahora con violencia, sintiéndose ciertas vibraciones en el suelo que amenazaban convertirse en espantoso terremoto.



En aquel momento surgía del cráter una especie de ramillete de fuegos artificiales, cuyo resplandor no podían atenuar los vapores. Aquella expansión de llamas fué acompañada de detonaciones sucesivas. El ingeniero reunió a sus compañeros y les participó que la isla de Lincoln corría un inmenso peligro que ningún poder humano sería capaz de conjurar. La isla, amenazada de una dislocación espantosa, no duraría más que lo que durase la pared de la cripta de Dakar que contenía las aguas del mar, y no se trataba de una cuestión de meses ni de semanas, sino de días y quizás de horas. Superfino es decir que el go or de los colonos era profundo al oír tales revelaciones.



El cielo estaba en llamas. El cono superior, masa de mil pies de altura y que pesaba miles de millones de libras, había sido precipitado sobre la isla, haciendo temblar el suelo. Al mismo tiempo un torrente de lavas se derramaba en largas cascadas y mil serpientes de fuego corrían sobre las pendientes del volcán. Los colonos quisieron luchar contra aquella invasión de lava, pero inútilmente, porque el hombre está desarmado en presencia de tan grandes cataclismos. Los árboles se incendiaron y su savia, súbitamente transformada en vapor, los hacía estallar como cohetes. El molino, los edificios, el corral, los establos, todo desapareció a la vista de los desesperados colonos. Una enorme columna de vapores, escapándose del cráter, subió en medio de detonaciones espantosas, a más de tres mil pies de altura.



LA ISLA MISTERIOSA - 42 dibujos

41

La pared de la caverna de Dakkar había cedido bajo la presión de los gases, y el mar, precipitándose en el abismo de llamas, provocó una explosión que hubi era podido oírse a cien millas de distancia. Trozos de montañas cayeron en el Pacífico y en pocos minutos el Océano cubría el sitio donde había estado la isla de Lincoln. Los colonos habían podido refugiarse en un pedazo de roca de treinta pies de longitud y que apenas sobresalía diez pies sobre las aguas, único punto sólido que quedaba. Sobre aquella roca desnuda vivían hacía nueve días. De un momento a otro iban todos a perecer. Su debilidad era extrema y empezaban a dar algunas señales de delirio.



LA ISLA MISTERIOSA - 42 dibujos

42

De pronto apareció un buque que se dirigía a la roca: era el *Duncan*, que habiendo ido a la isla de Tahor en busca de Ayrton, encontró un papel escrito por el capitán Nemo en el que indicaba la situación de la isla de Lincoln y añadía: «Residencia actual de Ayrton y de cinco colonos norte-americanos». Aun después de muerto su bienhechor, continuaba prestándole servicios. Las inmensas riquezas del capitán Nemo, encerradas en un cofre-cito que lograron salvar, se emplearon en la adquisición de una gran propiedad en el Estado de Yowa, donde vivieron juntos y felices hasta el fin de sus días.